



Balta Lelija

19 de febrero de 2022  
Domingo XII del Tiempo Ordinario  
“Tu gracia vale más que la vida”

Sal 62,2-9

*¡Oh Dios!, tú eres mi Dios, por ti madrugo,  
mi alma está sedienta de ti;  
mi carne tiene ansias de ti,  
como tierra reseca, agostada, sin agua.*

*¡Cómo te contemplaba en el santuario  
viendo tu fuerza y tu gloria!  
Tu gracia vale más que la vida,  
te alabarán mis labios.*

*Toda mi vida te bendeciré  
y alzaré las manos invocándote.  
Me saciaré de manjares exquisitos,  
y mis labios te alabarán jubilosos.*

*En el lecho me acuerdo de ti  
y velando medito en ti,  
porque fuiste mi auxilio,  
y a las sombras de tus alas canto con júbilo;  
mi alma está unida a ti,  
y tu diestra me sostiene.*

Una profunda sed de Dios tiene el alma, pues en Él está su verdadero hogar. Esto sigue siendo cierto aunque el hombre no lo perciba conscientemente y apegue su corazón a las cosas pasajeras de este mundo. Entonces el alma no sólo está desamparada, sin hogar; sino que además cae en las garras de ladrones y salteadores. Permanece en una prisión, desconoce las verdes y exuberantes praderas, no sabe dónde hallar su descanso y simplemente deambula. Es un estado desolado, del cual Dios se apiada una y otra vez, pues Él creó al hombre a su imagen y jamás lo abandona.

En el salmo de hoy escuchamos la voz de un alma que ha despertado al amor. Tiene ansia de Dios y lo busca, porque siente claramente que, cuando Dios le falta, está como “tierra reseca, agostada, sin agua” y no produce fruto alguno. Al sentir la aridez interior, clama aún más a Dios y lo busca.

Así, se nos muestra aquí también el camino a tomar para escapar de la desolación interior que puede afectar mucho a nuestra vida: es la alabanza de Dios, que nos eleva hacia Él y libera al alma de su abatimiento. El sumergirnos en Dios, invocar su nombre y penetrar en su amor nos libera de las cadenas. Ahora el alma puede volver a respirar y no se marchita. Se despierta cada vez más y el espíritu de entendimiento le hace saber que “la gracia de Dios es mejor que la vida.”

En efecto, es así: más vale ocupar el último sitio en el Reino de Dios que ser alguien en el reino de las vanidades; mejor morir en la gracia de Dios que pasar una vida lejos de Él. El alma lo sabe bien, pero muy fácilmente se deja seducir. Cuando se eleva a Dios, en cambio, ella se sacia “de manjares exquisitos”.

*“¿Está triste alguno de vosotros? Que rece.”* (St 5,13)—nos aconseja el Apóstol Santiago.

Es importante no dejar al alma a merced de una tristeza desordenada, pues este estado de ánimo la oscurece y le roba su fuerza, tanto a nivel natural como espiritual. Los padres del desierto hablan de la “tristitia”, e incluso la relacionan con una influencia demoníaca en el alma.

No debemos dar cabida a la pereza y a la tristeza desordenada; es decir, aquella tristeza que se presenta en los sentimientos pero que no tiene un motivo real. Al recurrir a Dios e invocar concretamente al Espíritu Santo, podrá ser detenido lo que nos arrastra hacia abajo, y el alma podrá volverse a levantar. Ella experimenta entonces que la diestra del Señor la sostiene.